

EL SANTO DE LOS DOS GALLOS



Alejandro Bustos Neira

Ilustración de María Isabel Vásconez

El canto de los dos gallos

Alejandro Bustos Neira

Ilustraciones: María Isabel Vásconez

Coordinación general: Leonor Bravo

Edición y corrección de estilo: María Eugenia Delgado

Diseño y diagramación: Santiago Vásconez

© Girándula, Asociación Ecuatoriana del Libro Infantil y Juvenil, IBBY Ecuador, 2026

Girándula es una organización sin fines de lucro que agrupa a escritores, ilustradores, editoriales, librerías y demás personas e instituciones involucradas en la producción y difusión de la literatura para niños y jóvenes del país.

@girandulaecuador
@maratondelcuento
www.maratondelcuento.com
096 221 0303
girandula2013@gmail.com



En la ciudad de Quito, donde las campanas cuentan secretos y los tejados parecen alas abiertas, vive un gallito muy especial. Tiene un cuerpo hecho de hierro que brilla con el sol en las mañanas y un alma de viento que gira y gira para mirar cada rincón de la ciudad. Es el Gallo de la Catedral.

Desde lo más alto de su cúpula puede verlo todo: El Panecillo, el mercado de San Roque, los pasos apurados de los quiteños, el humo de los buses, los alisos de El Ejido, los helados derritiéndose en las manos de los chicos. Y más allá, en los días despejados, hasta alcanza a distinguir un horizonte verde con líneas cristalinas.

Siempre se preguntaba qué había detrás de esas montañas cubiertas de neblina.

Una tarde, mientras el viento del occidente silbaba con fuerza, escuchó una historia traída por los pájaros que migran sin necesidad de pasaporte. Le contaron que en un bosque cercano, tan cercano que todavía es parte de





Quito, vive otro gallo como él, pero de carne y hueso, que tiene plumas... ¡y hasta una cresta escarlata!

El Gallito de la Catedral, aunque estaba hecho de metal, sintió latir algo dentro de sí. No exactamente en el pecho —porque no tenía—, sino en ese asombroso lugar desde el que despeg

la imaginación. Así que decidió soñar un viaje para conocer a ese gallo tan distinto pero que, por alguna razón, le resultaba muy familiar.

Voló sobre avenidas, esquivó edificios, cruzó quebradas y siguió la pista de los colibríes hasta que los árboles se volvieron tan grandes como torres.

Había llegado al Chocó Andino, un mundo donde las mariposas parecían vitrales, las ranas cantaban breves tonadas y las nubes siempre bajaban al suelo a mojar a miles de plantas y animales vivarachos.

Y allí, sobre una roca cubierta de musgo, lo vio.

Era un gallo imponente, de plumas anaranjadas y mirada despierta. No tenía ni cúpulas ni campanas, pero sí el canto más hermoso que el Gallo de la Catedral había escuchado jamás. Se saludaron sin palabras, como lo hacen quienes entienden que hay muchas formas de hablar.



Pasearon juntos por el bosque. El Gallo de la Peña le mostró los árboles en los que el mono ardilla hace acrobacias y los senderos que recorre con elegancia el oso de anteojos. Le presentó una orquídea que solo florece cuando la miran con cariño y le habló de los ríos que nacen ahí y viajan por kilómetros hasta llegar a la ciudad, cargados de vida y frescura.

—Todo esto —le dijo con orgullo— también es parte de Quito. El Chocó Andino es como un corazón verde y resistente.

Y entonces, el Gallo de la Catedral lo entendió todo: Quito no empieza en la Plaza Grande ni termina en la Mitad del Mundo. No se reduce a iglesias,



plazas, redondeles o centros comerciales. Quito no es únicamente historia colonial o modernidad apurada, también es esa otra parte que quizás pocos visitan, pero que todos necesitan. Es ese lugar donde las cosas crecen despacio y sin apuro. Donde no hay semáforos, pero sí señales que nos muestran si estamos cuidando o descuidando nuestro futuro.

Quito también es el Chocó Andino, ese sitio que late junto a nosotros, que está cerca, aunque para llegar haya que cruzar la montaña. Allí viven personas que conocen los secretos de la naturaleza y la cuidan cada día, como guardianes valientes y silenciosos, tal como lo hicieron los yumbos y los quitu-caras en tiempos remotos. Gracias a su labor, la ciudad respira.





Cuando despertó, el Gallo de la Catedral estaba de nuevo sobre su cúpula. Pero algo había cambiado en él. No por fuera —seguía siendo de metal, seguía rodeado de piedras—, sino por dentro.

Ahora, cuando las campanas repican, canta enérgico:

*¡Quiquiriquí!
Conozcan el bosque.
Escúchenlo.
Protéjanlo.*

Y el Gallo de la Peña ya no canta solo.



Girándula

ASOCIACIÓN ECUATORIANA
DEL LIBRO INFANTIL Y JUVENIL

XIX MARATÓN DEL CUENTO

QUITO UNA CIUDAD
QUE LEE



GLOBAL GREENGRANTS FUND



Quito renace.



Quito
GOBIERNO AUTÓNOMO

OEI

CRISFE



Diners Club



CÁMARA
ECUATORIANA
DEL LIBRO